

que Mejía le ofreció; también Miramón y Mejía habían hecho traer sus tiendas de campaña y las tres se instalaron en lo alto del cerro, donde los tres habían de morir cuatro meses más tarde.

Los oficiales de órdenes, los de campo, los criados y yo, dormíamos alderredor de las tiendas á campo raso, sobre esteras de palma y gruesos tapetes llamados cocos.

Desde que el cuartel general se instaló definitivamente en el cerro de las Campanas, Su Majestad me envió las primeras noches á dormir á la ciudad; pero después quiso que ya no me separara de él, pues temía, y con razón, que en cualquier momento no pudiera ya reunirme á su persona.

Para mí eran una verdadera tortura las noches pasadas á campo raso, no tanto por el frío, ni porque dormía á la luz de las estrellas, sino por el incontable número de sabandijas, que nos molestaban desde que nos acostábamos hasta la salida del sol.

Viendo pues que el enemigo no atacaba, y comprendiendo que había operado un importante cambio de posición, pues sus fogatas eran cada día más raras, se decidió instalar el cuartel general en el convento de la Cruz, sólido edificio de la época colonial, que por el espesor de sus murallas presenta todo el aspecto de una fortaleza.

El 13 de marzo, fecha fatídica para el superticioso Soberano, nos instalamos en el convento de La Cruz.

## CAPÍTULO V

Combates y escaramuzas. — El cuartel general en La Cruz. — Habitaciones de Maximiliano. — Ataque de la plaza el catorce de marzo. — Salen para México los generales Márquez y Vidaurri. — Paseos del Emperador por la plaza de La Cruz. — Fiesta militar el treinta de marzo. — El Emperador es condecorado con la medalla militar. — Escasez de víveres y municiones. — El aniversario del diez de abril. — Triunfo del veintisiete del mismo.

Los incidentes más notables ocurridos antes de nuestro cambio al convento de La Cruz, fueron los siguientes:

El diez de marzo, el coronel Quiroga hace una salida trayendo doscientos bueyes.

El día once los liberales rompen el acueducto que surte de agua á la ciudad, y desde las alturas de La Cruz puede mirarse una cascada que cae de los arcos rotos inundando la llanura.

Comienza, con ese motivo á escasear el agua, pero no falta completamente pues aun hay bastante en los pozos y las cisternas.

Á las once de la mañana del mismo día once, el ge-

neral Ramón Méndez hace un reconocimiento con el regimiento de la Emperatriz y otro cuerpo de caballería por el rumbo de San Pablo. Aparece el enemigo por las alturas, hace una descarga y vuelve Méndez al campamento imperial.

Á las tres de la tarde del citado día once, la batería del cerro de las Campanas hace sus primeros disparos, para ejercitar á sus artilleros.

Á los lejos, divisamos á algunos jinetes que se detienen á los primeros cañonazos. Se hacen dos ó tres disparos más, y los jinetes se desbandan dejando el campo sembrado de cadáveres.

Por la noche Miramón efectúa una salida por el rumbo de la Cañada, trayendo á la plaza más de sesenta bueyes, cien cabras y gran cantidad de maíz.

El Emperador me había ordenado que llevara un diario de todos los sucesos que ocurrieran durante el sitio, y aun cuando mis apuntes se perdieron al ocupar los liberales el convento de La Cruz, quédanme algunos, muy incorrectos y hechos con lápiz; pero ayudado por mis recuerdos, he podido reconstruir este diario, que me sirve en la actualidad.

Instalado el cuartel general en el convento, destinó Su Majestad, para que le sirviera de habitación, una celda situada en uno de los corredores del claustro. Esta celda se componía de dos cuartos; en el primero se colocó una mesa y unas sillas, en el segundo la cama de latón que siempre llevaba consigo Su Majestad, un lavamanos, una percha y algunas sillas más.

La celda referida tenía una puerta principal que daba al claustro y otra puertecita interior, que la comunicaba con otra celda por medio de un corredor; en esta última celda, dispuso Maximiliano que yo me instalara, y al efecto hice traer del Casino mi cama y una mesa para escribir.

Hice colocar también en mi celda las cajas de conservas, las provisiones y los vinos que había comprado para la mesa imperial. Igualmente allí coloqué una pequeña maleta, que contenía las cruces y medallas, que de México había traído.

Mi habitación tenía, además de la comunicación con la de Su Majestad, otra puerta que daba al corredor principal; así pues, sin salir al claustro, siempre que el Emperador me llamaba que era con bastante frecuencia, acudía yo por el pequeño corredor interior, otras veces por ese mismo camino, se presentaba el Soberano en mis habitaciones.

Dos oficiales de órdenes, el general Castillo y su estado mayor, el príncipe de Salm-Salm, el doctor Basch y los criados del Soberano, ocupaban las celdas inmediatas. Solo Severo, el camarista mexicano, dormía en la misma pieza que Su Majestad.

Todas las celdas que habitábamos tenían ventanas que daban á un gran patio lleno de árboles, en el que dormía todo un batallón, que allí también tomaba algunas horas de descanso durante el día.

Además, todos los corredores, salas y pasadizos, estaban ocupados por oficiales y gente de tropa; y por la

noche era imposible conciliar el sueño, entre los continuados « Alerta » de los centinelas y el ruido de las armas al ser relevados.

Desde las azoteas y la torre, se distinguía perfectamente una gran parte del campamento enemigo; por todas partes se veían flotar sus banderas en las crestas de las montañas, y por la noche sus numerosas fogatas nos indicaban su presencia.

El trece á las cinco y media de la mañana el enemigo rompió el fuego de su artillería, haciendo llover buen número de proyectiles sobre el convento; las granadas estallan durante todo el día con formidable estrépito sobre las azoteas y no cesan las descargas hasta las nueve de la noche.

Este bélico anuncio de un próximo ataque hizo que el día siguiente Maximiliano, á eso de las nueve de la mañana, visitara el patio del convento, y arengara á sus tropas.

Desde las trincheras más lejanas se alcanzaban á ver los movimientos de la fuerza enemiga; en los momentos de la arenga, la artillería de la Cuesta China rompe sus fuegos sobre el convento. El Emperador permanece en la plaza, que era un lugar bastante peligroso, pues á cada instante estallaban las granadas muy cerca de él. Allí en la misma plaza, recibe el Soberano á los oficiales del Estado Mayor, de los generales Castillo y Mejía que le llevaban noticias de esos jefes: el primero ha sido atacado por el lado del Río Blanco y el segundo en la Alameda y en la Casa Blanca. Por los tres lados ha sido

rechazado el ataque, todos los generales, jefes y oficiales han peleado con bravura. El príncipe de Salm-Salm, á quien se encargó el mando de los cazadores por encontrarse herido el coronel de ese cuerpo, ha dado una brillante carga y ha quitado un cañón al enemigo. Esa pieza de artillería y numerosos prisioneros son los trofeos de la victoria; pero aun cuando por los lados de la ciudad ha sido rechazado el ataque con grandes pérdidas para los liberales, por el lado de La Cruz, siguen las granadas estallando continuamente. El Panteón ha sido ocupado por los liberales, lo mismo que la capilla cercana y los imperialistas retroceden de los patios exteriores, pues el peligro crece por momentos. En esos instantes, Márquez, con el batallón que manda el coronel Juan Rodríguez, hace una salida apoyada por una pieza de artillería, que sirve el general Arellano y después de una hora de un combate mortífero, la Cruz queda completamente libre de enemigos.

Entonces Maximiliano, con el general Márquez y una numerosa comitiva de oficiales del Estado mayor, visita las líneas. Desde Río Blanco hasta el cerro de las Campanas, la artillería enemiga, no ha cesado de disparar sobre aquel pequeño grupo, donde comprende que se encuentran los principales jefes del ejército sitiado.

El resultado de esa memorable jornada, si bien fué favorable para los imperialistas, puesto que pudieron rechazar al enemigo, cuesta un buen número de vidas y

los liberales consiguen estrechar el círculo en el que nos iban acorralando. Más tarde se publicaron las noticias oficiales y entonces se supo que los liberales habían perdido más de dos mil hombres.

Consultando mi diario de entonces, me encuentro con que del quince al veintiuno, nada notable ocurre, que valga la pena mencionar. El Emperador quiere hacer una salida y así lo ordena al general Miramón, pero ésta por motivos que aprueba el consejo de guerra no se verifica.

Maximiliano decide enviar á México al general Miramón en busca de hombres y de dinero ; pero como siempre, Márquez se opone y se ofrece á ir él en persona, pues alega que el valor juvenil y temerario de Miramón puede hacer que fracase el proyecto.

Investido con los plenos poderes del Soberano y con el título de Lugarteniente del Emperador, debe Márquez reunir en México todos los recursos de dinero y de hombres que pueda agenciarse y volver en el acto para Querétaro, lugar que representa la capital del Imperio. Si México queda abandonado, nada importa, lo que precisa á toda costa es salvar la situación en la ciudad donde se halla S. M.

Aun cuando la salida de Márquez se acordó en el más absoluto secreto y aun cuando las instrucciones que recibió fueron verbales en su mayor parte, llevaba una carta para el presidente del consejo Don Teodosio Lares, en la que se le deba á reconocer como Lugarteniente del Emperador. Además llevaba cartas en alemán escritas

por el doctor Basch para el teniente coronel Shaffer que ya debía encontrarse de vuelta de Europa y otras para el Padre Fischer ; por lo tanto, Basch y yo estábamos en el secreto además de los generales Miramón, Mejía y Castillo.

Como la situación se ponía cada día más y más comprometida, el Emperador me llamó y me dijo que era el momento de que regresara á México, con Márquez y Vidaurri ; pero yo le supliqué que me permitiera permanecer á su lado y correr su suerte.

Para favorecer la salida de Márquez, el día veintidós por la mañana á la madrugada, Miramón atacó los puntos de San Juanico y el Jacal, pasando por la garita de Celaya.

Desde las seis, el Emperador se dirigió al cerro de las Campanas, para desde allí, presenciar el combate. Miramón llevaba dos mil hombres y sorprendidos los liberales huyeron dejando víveres, equipajes y municiones en poder de los imperialistas ; así fué que volvió el valiente general á Querétaro, trayendo veinte carretas de provisiones, sesenta bueyes y más de doscientas cabras y carneros.

Frenéticos los liberales por la pérdida de sus víveres y municiones, nos enviaron una lluvia de metralla, contándose hasta cuatrocientos cañonazos por hora. Las balas volaban sobre nuestras cabezas é iban á hundirse en la arena y al siguiente día teníamos una buena provisión de ellas, pues se pagaban dos reales á los muchachos por cada una que llevaban utilizable.

En cuanto á Márquez y Vidaurri, con sus oficiales de Estado mayor, y escoltados por mil doscientos jinetes salieron de Querétaro á las once de la noche y atravesaron las filas enemigas, sin ser vistos de los republicanos.

En la plaza de la Cruz y comenzando desde la puerta del convento existía una ancha banqueta, que cruzaba diagonalmente la plaza. Por las tardes, allí hacía el Emperador, á pasos largos durante una hora, su paseo vespertino, dictándome, en circunstancias tan críticas, un nuevo ceremonial de la corte, cosa que á la verdad, me parecía perfectamente ridícula.

Probablemente esos paseos vespertinos se observaban muy bien con algún buen antejo, desde la trinchera enemiga, y desde el acueducto roto, pues en el acto que comenzaba el Emperador á pasearse, comenzaba la artillería á enviarnos sus proyectiles.

Pero como la puntería era muy alta, las balas pasaban silbando sobre nuestras cabezas é iban á hundirse á las paredes de la casa que hacía esquina y que estaba ya literalmente acribillada á cañonazos.

Maximiliano seguía paseándose y dictándome el ceremonial, á pesar de las súplicas de los oficiales que venían á rogarle que no se expusiera inútilmente. Insistían los oficiales y él insistía en permanecer allí, consiguiendo siempre cumplir su capricho.

Una tarde que Miramón llegó en los momentos del paseo, le habló en términos muy enérgicos y le hizo ver lo inútil de aquella temeridad, diciéndole cuán distinto

sería morir así sin gloria alguna, si acaso la puntería de los cañones enemigos estuviera mejor dirigida, á morir combatiendo en una batalla.

Las palabras de Miramón influyeron en el ánimo del Soberano, y desde esa tarde cesaron los paseos, quedando interrumpido y trunco el nuevo ceremonial de la corte.

El veintitrés se pasó sin novedad alguna, y creíamos que, desalentado el enemigo con su fracaso del catorce, suspendería sus ataques, dando así tiempo á que llegaran los refuerzos de Márquez; pero nos equivocamos completamente porque el veinticuatro, desde las cuatro de la mañana, comenzaron á verse fuertes divisiones que se dirigían á la Alameda por el sur de la ciudad, al mismo tiempo que por la Cuesta China, se desprendían numerosas columnas de las tres armas, extendiéndose desde el Cimatario hasta la garita del Pueblito.

Este movimiento podía tener por objeto cortarnos toda comunicación con México y cercar por completo la ciudad.

Como al mediodía, fué atacada violentamente la Casa Blanca defendida por el general Mejía, y al mismo tiempo el enemigo atacaba la línea que defendía Miramón.

Cuando las tropas enemigas que avanzaban estuvieron al alcance de nuestra artillería, ésta rompió un nutrido fuego. El éxito de la división de Miramón fué instantáneo, pero la división de Mejía vaciló un poco, diezmada como se encontraba ya por el fuego de los liberales; mas el valiente general se adelantó gritando « así

muere un hombre », y se lanzó solo hacia los republicanos.

Electrizadas sus tropas con tanto valor, se lanzaron bravías y fieras al ataque, quitando á los liberales cerca de cuatrocientos prisioneros, entre ellos catorce oficiales, una bandera, y haciéndole numerosos muertos y heridos.

Durante los días siguientes el enemigo se contentó, tarde y noche, con lanzar granadas á nuestro cuartel general.

Entretanto, comenzaba ya á sentirse de una manera notable la escasez de víveres, especialmente de carne y de maíz, supliéndose la primera con la de caballo y mula.

Un día que comíamos á la mesa del Emperador, llegó un asistente de Miramón trayéndonos un magnífico pastel, que comenzábamos á saborear, pues estaba delicioso, cuando se presentó Miramón preguntándonos qué nos parecía el regalo.

Contestamos todos que estaba exquisito, y repuso:

— « Pues siempre que ustedes quieran un manjar semejante, pueden decírmelo porque aun tengo en mi casa una buena provisión de gatos, para que no nos falten pasteles como el que están ustedes saboreando. »

El Emperador, que ya sabía la clase de liebre que contenía el famoso pastel, no había probado más que la pasta y rió mucho de la ocurrencia de Miramón.

La tarde del treinta de marzo el Emperador organizó una gran fiesta militar en la plaza de La Cruz, donde se

levantó una tienda de campaña decorada con guirnaldas de flores y banderas y al son de las músicas militares y al estruendo del cañón, con su propia mano condecoró á los jefes, oficiales y soldados que habían lucido su valor y su pericia en los últimos combates.

Terminada la distribución de condecoraciones, Miramón se acercó al Soberano, y después de una corta y muy sentida alocución le pidió le permitiera condecorarlo con la medalla de cobre del valor militar concedida al soldado raso.

Conmovido Maximiliano ante aquella demostración de afecto, abrazó á Miramón después de que éste hubo colocado la medalla de cobre sobre el pecho imperial y dió las más cumplidas gracias á los jefes y oficiales allí presentes; enseguida los gritos nutridos y entusiastas de Viva el Emperador atronaron el espacio.

Y desde ese día hasta el nefasto en que fué hecho prisionero, no dejó S. M. uno solo de lucir sobre su pecho la modesta medalla de cobre del soldado.

Hasta el día once de abril, no hubo más incidente digno de ser mencionado que una salida efectuada por Miramón, llevando mil caballos, y en la que el comandante Pittner se apoderó de dos cañones.

La situación, sin embargo, empeoraba más y más cada día; los víveres escaseaban de una manera terrible y lo mismo sucedía con las municiones, pero éstas se reponían, pues el general Ramírez de Arellano había establecido una fábrica de pólvora en el convento del Car-

men, y allí también se hacían cápsulas con cubiertas de papel, se fundían balas de cañón, trocando en granadas las campanas de las iglesias; y las balas para los fusiles se hacían con la techumbre del teatro, que tenía gran cantidad de plomo.

El día diez, que era el aniversario del advenimiento de Maximiliano al trono de México, una diputación presidida por el ministro Aguirre y compuesta de los personajes principales y de los funcionarios de la ciudad, se presentó en La Cruz á felicitar al Emperador y á ofrecerle sus deseos por el triunfo de su causa, que ya todo el mundo daba por perdida.

Triste felicitación la de aquel día, y más tristes aún los votos que se hacían por el buen éxito de una causa cuyo fracaso se tenía ya por seguro.

El día once, Miramón efectuó una salida con el fin de apoderarse de la garita de México. Los cazadores de México y el segundo batallón de la brigada Méndez, capitaneada por el valiente coronel Ceballos, avanzaron á paso de carga, bajo el nutrido fuego que sobre ellos caía. El combate duró más de una hora, y después de sufrir pérdidas enormes, heridos varios oficiales entre los que se encontraba el denodado capitán Pittner, los imperialistas se vieron obligados á retroceder.

Como no se tenía noticia alguna de Márquez, cada día aumentaban la desconfianza y los temores. Los correos que se enviaban con correspondencia ó con órdenes verbales para Márquez aparecían al día siguiente en la trinchera enemiga, colgados de un alto palo y con un

enorme letrero en el que se leía en muy gruesos caracteres :

« CORREO DEL EMPERADOR »

Era ya pues muy difícil encontrar quien quisiera atreverse á servir de correo para México. Se pensó en enviar á Mejía con una división, para que forzando el paso, saliese rumbo á México á pedir auxilio; pero además de encontrarse enfermo este general ¿ qué quedaba en Querétaro para sostener la plaza, si Mejía hubiera salido con una división ?

Apenas se contaba con un total aproximado de siete mil sitiados, y el número de sitiadores ascendía á cuarenta mil. El príncipe de Salm-Salm, que había demostrado un valor temerario, se ofreció á salir acompañado del mayor Malbourg, apoyado por la caballería; pero el terreno estaba impracticable y lleno de fosos y fué preciso después de dos horas de lucha renunciar á ese proyecto.

Terminadas las baterías de la Cruz, el día veinticuatro á las once de la mañana se rompió el fuego contra las trincheras de los republicanos, situadas hacia la garita de México y el enemigo contesta con un fuego más nutrido que el nuestro. El Emperador sube, en lo más encarnizado del combate, á la torre del convento acompañado del príncipe de Salm-Salm, del coronel López, del general Miramón y del mayor Malbourg, y en los momentos que se encontraban en lo alto de la torre.

revienta una granada cubriéndolos de tierra y de escombros.

Puede decirse que aquel día, muy poco faltó para que hubiera sido el último de los de la vida del Emperador y el último del sitio de Querétaro.

El día veintiséis, para dar algún ánimo á las tropas, se mandan repicar á vuelo todas las campanas de los templos, propalando la falsa noticia de que Márquez atacaría al enemigo por la retaguardia, mientras que nuestra tropa lo atacaría por el frente.

El día veintisiete el general Méndez, se dirige hacia la garita, mandando la vanguardia el general Pantaleón Moret. Miramón dirige el combate por el lado del Cimatarío, y el primer resultado fué brillantísimo y demuestra el valor de los soldados imperialistas que se apoderan de la primera paralela. Los liberales huyen, abandonando bagajes y cañones, y los imperiales les siguen.

Veintiún cañones y más de quinientos prisioneros caen en poder de Miramón, y esto en menos de una hora de combate.

El Emperador al saber la noticia de ese resultado, corre á caballo al campo de batalla; pero en el frenético entusiasmo con que los soldados lo reciben, se olvida el objeto de la batalla, que era salir de la ciudad.

Desde las cuatro de la mañana se encuentran empacados todos los objetos del Emperador y ensillados los caballos que han de conducir á su comitiva, pero no se aprovecha el pánico del enemigo y se pierde esa brillante oportunidad de salvación. Más tarde hablando yo

con los oficiales prisioneros sobre el combate de ese día, me dijeron que había llegado á tal punto el pánico entre los soldados liberales, que en ese momento habríamos podido salir con todo nuestro ejército.

Pero con el entusiasmo del triunfo, se pierde un tiempo precioso y se deja á los liberales el suficiente para cubrir de nuevo el Cimatarío con tropas nuevas y de refresco. El general Miramón intenta un nuevo asalto; pero, esta vez, los liberales contestan con nutridísimo fuego, obligando á retroceder á Miramón. Así pues á la una del día que volvemos á la ciudad, á pesar de los cañones quitados al enemigo y del gran número de prisioneros, la jornada se ha perdido, y volvemos completamente desilusionados respecto á los engañosos auxilios de Márquez, y también con la seguridad de que no volverá á presentarse otra oportunidad para salir de la plaza cercada por los liberales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO